

BREVE RELACIÓN DEL SIGLO DE ORO

EL CABALLERO DE VARGAS LLOSA Y LA COFRADÍA DE LA EXPLOSIÓN

Jorge Volpi

A través de un paralelismo lúdico entre el Siglo de Oro español y el gran momento que vivió la literatura latinoamericana en la segunda mitad del siglo XX, el autor revisa en estas páginas la aparición y la importancia de la “Cofradía de la

JORGE VOLPI (México, 1968). Licenciado en derecho y maestro en letras mexicanas por la UNAM y doctor en Filología por la Universidad de Salamanca. Profesor de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, y colaborador de los periódicos *El País* y *Reforma*. Es autor de las novelas *La paz de los sepulcros*, *El temperamento melancólico* y *En busca de Klingsor* (Premios Biblioteca Breve, Deux Océans-Grinzane Cavour). Con esta última inició una “Trilogía del siglo XX”, cuya segunda parte es *El fin de la locura* y la tercera *No será la Tierra*. También ha escrito las novelas cortas reunidas en el volumen *Días de ira*, así como *Sanar tu piel amarga*, *El jardín devastado* y *Oscuro bosque oscuro*. Es autor de los ensayos *La imaginación y el poder: Una historia intelectual de 1968*, *La guerra y las palabras: Una historia del alzamiento zapatista*, *Mentiras contagiosas* (Premio Mazatlán al mejor libro del año 2008) y *El insomnio de Bolívar: Cuatro consideraciones intempestivas sobre América Latina en el siglo XXI* (Premio Debate-Casa de América 2009). Su libro más reciente es el ensayo *Leer la mente: El cerebro y el arte de la ficción*. En 2009 obtuvo el Premio José Donoso de Chile por el conjunto de su obra. Ha sido profesor en las universidades de Emory, Cornell, De las Américas de Puebla, Pau y Católica de Chile. Ha sido condecorado como Caballero de la Orden de Artes y Letras de Francia y con la Orden de Isabel la Católica de España. Fue director general del Canal 22 entre 2007 y 2011. Actualmente es profesor de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, y colaborador de los periódicos *El País* y *Reforma*. Jorgevolpi@yahoo.com.mx.

Explosión” (es decir, el *boom*), su nacimiento como grupo, su relevancia estética y política y su influencia en las generaciones posteriores. Se centra especialmente en la figura de “Don Mario de Vargas Llosa, duque de Lituma” (el cual, en un guiño de la realidad, en realidad fue nombrado Duque de Vargas Llosa por el rey Juan Carlos I de España). El escritor peruano aparece en estas páginas como protagonista esencial de su tiempo y como un escritor cuya congruencia política parece innegable, pese a los cambios ideológicos radicales que experimentó en su vida. Al final de estas páginas, Vargas Llosa aparece como un novelista completo y como un incansable batallador en la arena política.

I. Donde se habla de la Gran Justa de las Letras del Reino de Suecia

Dícese, no sin razón, que no existe en el mundo premio más codiciado ni más ineluctable —ni más propicio a las reyertas— que el concedido por Su Graciosa Majestad, el Rey de Suecia, a instancias de la Academia de Letras de esa pródiga y excelsa nación, en los helados confines de Escandinavia, celebrada tierra de bardos y guerreros. Tras más de quince años de penosa ausencia de nuestra lengua en la fastuosa ceremonia —desde que en 1994 se hiciese con el galardón el eximio hechicero novohispano Don Octavio de Paz—, en el año de gracia de 2010 el insigne caballero Don Mario de Vargas Llosa volvió a reclamar para sí la apetecida venera, para unánime gozo de las naciones de nuestro idioma. Empero, como no es mi intención glosar aquí los azarosos trabajos de la poesía, tarea tan improbable como arcana para un humilde cronista como el que esto escribe, es menester precisar que en realidad hubieron de trascurrir más de tres decenios para que el ansiado cetro recayese, de nuevo, en un narrador proveniente de la América Latina, tierra pródiga en verdugos y fantasmas. Don Mario de Vargas Llosa transformóse, de este modo, en el inesperado sucesor de Don Gabriel de García Márquez, durante años su glorioso compañero de armas, con quien por desgracia —inescrutable designio de los hados— Don Mario acabó por enemistarse debido a infaustas hostilidades amorosas que no vienen a cuento en esta crónica.

En el año de gracia de 1982, en efecto, el joven caballero Don Gabriel de García Márquez sumóse al insigne elenco de triunfadores de la Justa, contando apenas con la edad de cuarenta y cuatro años, apropiándose a partir de entonces del título de Adelantado de la América Latina y Capitán General del Gran Macondo. Al recibir la presea de manos de Su Graciosa Majestad, el Rey de Suecia, Don Gabriel no imaginaba, acaso, que su lugar entre los más grandes escritores de la historia había quedado asegurado, y que ese superlativo producto de su ingenio, el artilugio magicorrealista, acabaría por convertirse no sólo en sinónimo de su deslumbrante y vasta obra, no sólo en equivalente de sus escritos y de los escritos de sus muchos compañeros de batallas, sino en el nombre que más veces habría de asociarse, a partir de esa ilustre fecha, con toda la América Latina.

Encumbrado a los altares, saqueado e imitado hasta en las comarcas más apartadas del continente, el artilugio magicorrealista dejó de ser admirado como una mera invención de Don Gabriel y trocóse, sin razón alguna, en unánime baldón de nuestras letras. En una burda simplificación, críticos y lectores asumieron, de pronto, que todas las narraciones escritas en estos pagos hallaban su fundamento en la fortuita magia presente aquí desde tiempos inmemoriales: en su imaginación, monstruos y prodigios nos acechaban por doquier y nosotros, infaustos pobladores de la América Latina, nos habíamos acostumbrado tanto a observarlos y padecerlos que ni siquiera levantábamos la vista ante esta catarata de milagros y fechorías, prefiriendo alzarnos de hombros y continuar nuestros enrevesados caminos como si nada ocurriese, ciegos al asombro.

Si el artilugio magicorrealista era ya merecedor de la más alta admiración y la más profunda envidia en el campo de las letras, al desbocarse como adjetivo para calificar a los hombres y mujeres de carne y hueso de nuestras tierras, se generó un infausto malentendido que dura hasta la fecha. Por más rústica y casposa y soberbia y enrevesada que fuera la América Latina —la América Latina auténtica, no la surgida del talento de Don Gabriel—, jamás fue ese ható de fantasmagorías y engaños que creyeron advertir los críticos en las páginas de su magna obra, acaso porque jamás se habían dado la ocasión de visitar nuestros pueblos y ciudades. La América Latina no estaba hechizada y tampoco era milagrosa, sino que podía ser tan pedestre o tan prosaica como cualquier otra comarca del mundo.

Empero, el artulugio resultaba tan deslumbrante y genial, que nadie reconocía esta verdad clara y evidente. Allende los mares y la frontera norte de la América Latina, críticos y lectores empeñáronse en estudiar a nuestro gigantesco continente, con todas sus letras y todas sus contradicciones, a partir de este prisma hermoso pero insuficiente. Y algo peor: los obcecados críticos obstináronse en sostener que todos los compañeros de armas de Don Gabriel, a saber, Don Carlos de Fuentes y Macías, duque de Terra Nostra, Don Julio de Cortázar, señor de la Rayuela, Don José de Donoso, marqués del Loira, don Guillermo de Cabrera, infante de Cuba, o el propio Don Mario de Vargas Llosa, Señor de Lituma, eran sin duda adeptos de la secta magicorrealista. Por más que lidiaron y se quejaron y se batieron para contradecir semejante calumnia, los miembros de esta excelsa hermandad, bautizada por alguno con el insolente nombre de Cofradía de la Explosión, jamás lograron convencer a sus enemigos de que ninguno de ellos, a excepción del ya mencionado Don Gabriel, practicó jamás las susodichas artes magicorrealistas.

Todo cambió por fin, como se ha dicho al principio de esta crónica, cuando Su Graciosa Majestad, el Rey de Suecia, concedió en el año de gracia del 2010 el primer lugar en su Justa a Don Mario, demostrando su error a propios y extraños, pues a diferencia de Don Gabriel, su antiguo amigo y compañero de armas, el Duque de Lituma sólo practicó el realismo, sin nada de la magia asociada con quien, desde hacía ya tres décadas, habíase erigido en su incómodo rival. Si no para otra cosa, la preseas sirvió para demostrarle al orbe entero, ya sin asomo de duda, que tanto los integrantes de la Cofradía de la Explosión, como las propias tierras de la América Latina, suscribían un credo más complejo, variado y contradictorio de lo que las engañosas crónicas de la época nos habían llevado a imaginar.

II. Donde se narran los orígenes de la muy ilustre Cofradía de la Explosión

Mucho antes de que se fundase la hoy excelsa y envidiada Cofradía de la Explosión, a mediados de la pasada centuria la América Latina había padecido una interminable reyerta que había llenado de sangre su vasta arena literaria. Uno de los bandos, que reivindicaba para sí la negra insignia del nacionalismo, llevaba lustros tratando de aniquilar a sus contrincantes, que enarbolaban a su vez los blancos lábaros del cosmo-

politismo. Su pelea duraba ya una centuria, sin que los ejércitos nacionalistas hubiesen logrado reducir del todo a sus heroicos opositores.

Para los nacionalistas, las letras no eran sólo una rica fuente de placer y de gozoso entretenimiento, sino un instrumento para dar vida, en el siglo, a esa peligrosa superchería que se conoce con el nombre de Estado. Los libros, en su opinión, no debían estar llenos de aventuras e historias provenientes de todos los confines de la tierra, sino que estaban llamados a fomentar en sus lectores una poderosa e indestructible idea de comunidad, fundada en realidad con el avieso objetivo de enaltecer las fechorías de sus señores. La rebelión cosmopolita, entretanto, resistía el acoso, pues sus seguidores se hallaban convencidos de que el reino de las letras debería ser el más libre de cuantos haya concebido la humana inteligencia. Para éstos, las historias podían ocurrir en la América Latina o en las más apartadas regiones del planeta, y podían responder a cualquier influjo, sin por ello perder su vigor y lozanía.

A mediados de la vigésima centuria, los ejércitos nacionalistas parecían a punto de aniquilar aviesamente a sus rivales, aprovechándose del miedo desatado entre sus pueblos ante el alud de infundadas amenazas extranjeras a que los sometían. Los cosmopolitas subsistían apenas, guarecidos en cavernas o desiertos, a la espera de tiempos mejores. Fue entonces cuando, en uno de esos prodigios inimaginables que sólo se repiten muy de vez en vez en el curso de la historia, de repente llegaron los refuerzos. Los integrantes de una nueva y valerosa camada de escritores cosmopolitas comenzaron, cada uno por su cuenta, a alzarse en armas contra los inicuos decretos de los tiranos nacionalistas. Aquí y allá, en el Norte y en el Sur, a lo largo de todas las agobiadas provincias de la América Latina, estos jóvenes aprendices desafiaron a los esbirros de nacionales y escribieron sus primeros volúmenes, plagados de anatemas contra los añosos prejuicios de su tiempo, decididos a romper el estado de sitio impuesto por las armadas enemigas.

Uno de sus primeros estrategas fue don Carlos de Fuentes y Macías, en el antiguo virreinato de la Nueva España, ahora conocido como México; en 1958 se atrevió a dar a la imprenta un libro suyo, muy hermoso y muy lleno de verdades, titulado *La región más transparente*. Por primera vez, los habitantes de su imaginación no eran ya los caudillos y campesinos que fascinaron la imaginación de sus ancestros, sino sus propios contemporáneos, devorados no ya por la vorágine de la naturaleza, sino por las entrañas de ese nuevo monstruo de mil cabezas,

la urbe. A él habrían de sumarse Don Mario, quien publicó en 1963 el muy celebrado volumen titulado *La ciudad y los perros*, enaltecido con el Alto Galardón de la Biblioteca Breve, y Don Gabriel, que si bien dio antes a la imprenta algunas obrillas menores, en 1961 hizo publicar *El coronel no tiene quien le escriba*.

A éstas, se sumarían sus obras mayores, a saber: *La muerte de Artemio Cruz* (1961), *Cambio de piel* (1967) y *Terra Nostra* (1975), de Don Carlos, *La casa verde* (1966) y *Conversación en La Catedral* (1969), de Don Mario, *Rayuela* (1963), de Don Julio de Cortázar, Barón del Sena, y sobre todo *Cien años de soledad* (1967), de don Gabriel, que habría de alcanzar la más justa y notoria fama en todos los rincones de la tierra. De hecho, la celebridad de esta última obra fue tan grande y tan inesperada que desató, como se ha dicho ya en esta crónica, el malentendido de contagiar su ingenio magicorrealista a todos sus compañeros de batallas.

Nació entonces la Cofradía de la Explosión, así denominada por algún crítico poco sagaz para demostrar la repentina vitalidad de las letras de la América Latina. Una explosión de viveza, sin duda, cuyo único precedente en nuestra lengua es aquel otro Siglo de Oro reclamado por nuestros pares peninsulares hace ya muchas centurias. Muy pocas veces en la historia ha logrado conjuntarse una semejante suma de talentos como la que vivióse en la América Latina en aquella gloriosa era. Don Mario, Don Carlos, Don Gabriel y Don Julio, como cuatro mosqueteros, sumados a sus pares a lo largo y lo ancho de la América Latina, no sólo derrotaron brutalmente a sus rivales nacionalistas, sino que los obligaron a resguardarse en sus guaridas, condenándolos al oprobio y a una prolongada y severa penitencia. Porque los miembros de la Cofradía no sólo comulgaban con el credo cosmopolita de sus ancestros, sino que habíanse planteado llevarlo a sus extremos, insertándose de plano en las mejores y más novedosas tradiciones del planeta. Sus potentes juegos literarios, su afán experimental y su desafío a las convenciones nacionalistas les granjearon un sinnúmero de enemigos y anatemas, pero ninguno con la talla suficiente para incordiarlos o siquiera pretender hacerles sombra.

Es menester señalar ahora, sin empacho de lo anterior, que su victoria fue tan drástica y definitiva que la Cofradía de la Explosión, surgida con el loable fin de acabar con los excesos del bando nacionalista, a la larga terminó por alzarse como la única expresión del ingenio

de la América Latina. Cada uno de sus ilustres miembros fue elevado a los altares, convertido en embajador plenipotenciario de esta malograda región, famosa por sus verdugos y fantasmas. Al declararse vencedores en la antigua querrela de las letras, los ilustres miembros de la Cofradía de la Explosión decidieron ya no sólo decantarse por perseverar con sus obras, sino que no dudaron en empuñar también las armas cuando lo creyeron justo y conveniente.

III. Donde se da cuenta de los asombrosos y a veces ríspidos combates librados por la Cofradía de la Explosión

No ha de olvidarse señalar que, justo cuando los caballeros de la Cofradía iniciaban sus andaduras por las amplias extensiones de la América Latina, esta comarca padecía las más atroces tiranías, instauradas en sus suelos con el beneplácito o la complicidad de la mayor y más grande potencia de su tiempo. Era aquélla una época de oscuridad y de terror, dividida entre dos fuerzas antagónicas, de un lado quienes defendían esa entelequia llamada libre mercado, financiados por el singular Imperio Estadounidense, y aquellos que, en contraparte, buscaban instaurar reinos dominados por el gran poder del Estado, cuya soldada era pagada, a su vez, por el lejano e imponente Imperio Soviético. En sus escudos de armas, los primeros presumían el blasón azul de la Libertad, en tanto los segundos la roja insignia de la Igualdad, y llevaban ya más de una década batiéndose en las más celebradas arenas del planeta.

Igual que muchos siglos antes Su Santidad el papa Alejandro VI había dividido las Américas entre los muy cristianos reinos de España y Portugal, en aquellos años el mundo hallábase separado asimismo en dos campos distintos, sin que ninguno fuese capaz de destruir por completo al otro. Igualados en poder y fuerza, a lo único que se atrevían estas grandísimas potencias era a tratar de arrancarse pequeñas parcelas de dominio la una a la otra. La muy rica y desdichada América Latina había quedado desde el principio bajo la tácita y obligada protección del Imperio Estadounidense, resignada a padecer en buen número de casos a sus inicuos y brutales procónsules.

Sin embargo, en el año de gracia de 1959, una banda de insurrectos logró arrinconar y derrotar a la dinastía de tiranos que desde hacía varios decenios se saqueaba las riquezas de la hermosa ínsula de

Cuba, puesta al servicio del Imperio Estadounidense. Poco después, el cabecilla de la revuelta, el antiguo bandido Don Fidel de Castro y Ruz, entregó su patria al Imperio Soviético a cambio de protección contra los mercenarios contratados por los estadounidenses para despojarlo de su trono.

Durante unos pocos años, Don Fidel I instauró un reino que despertó la admiración de la progresía del orbe entero, pues no sólo dio la instrucción de mejorar las condiciones de vida de su pueblo, sino que transformó a la ínsula en destino obligado de los mayores filósofos y escritores de aquella era. La Cofradía de la Explosión no tardó en ensalzar las virtudes del nuevo gobierno de la ínsula; todos sus miembros fueron convidados por Fidel I a visitarla, e incluso Don Gabriel de García Márquez volvióse amigo y fiel escudero de su anfitrión desde esos lejanos tiempos.

Por desgracia, las promesas de Don Fidel I no tardaron en revelarse como engañosos espejismos, y las muchas libertades que se disfrutaron en la ínsula al principio de su reinado se fueron desvaneciendo poco a poco. Incluso los trovadores y juglares que habían redactado endechas y sonetos a mayor gloria suya comenzaron a ser ferozmente perseguidos, acusados de espionaje y traiciones aún mayores, y condenados a la cárcel o al destierro. Se trataba, en casi todos los casos, de burdas calumnias, pero el miedo que para entonces ya inspiraba Don Fidel I, apodado el Longevo, provocó que la mayor parte de los miembros de su corte prefiriera silenciar sus muchas críticas.

Sólo unos cuantos perseveraron en sus protestas, y entre los primeros y más enjundiosos encontrábase Don Mario de Vargas Llosa. Mientras Don Carlos se distanciaba del nuevo tirano con cierta prudencia, Don Gabriel mantenía su amistad con él a toda costa, y Don Julio no paraba de elogiarlo con pomposas y absurdas loas en su honor, Don Mario se aventuró a enjuiciarlo y atacarlo por sus espantosos crímenes, y de inmediato recibió el oprobio y las calumnias de los vates de aquel reino, así como de muchos de sus antiguos compañeros de armas.

A partir de esa infausta fecha, las ideas de Don Mario experimentaron un viraje radical, que lo llevó a encaminarse lo más lejos posible del influjo maléfico del Imperio Soviético, y de las secretas doctrinas que lo amparaban, y a aproximarse cada vez más a los principios defendidos por el Imperio Estadounidense. Como fuere, la Cofradía de la Explosión empezó así a resquebrajarse, y muy pronto, debido a esa pelea

familiar cuyos entresijos no vienen a cuento en esta crónica, la disputa entre Don Mario y Don Gabriel, dirimida con un eficaz puñetazo, acabó por romperla sin remedio, para horror y espanto de sus fervorosos partidarios.

IV. Donde se habla del solitario viaje de Don Mario de Vargas por la selva y se perfilan sus triunfos ulteriores

Separado así de sus antiguos camaradas —Don Carlos compartía cada vez más sus ideas, pero al final se decantó por su amistad con Don Gabriel—, Don Mario emprendió un camino solitario y hubo de buscarse una nueva camarilla que lo acogiese entre los suyos. Fue así como Don Mario se internó en la selva y al cabo de muchas jornadas por fin encontró la guarida del célebre hechicero Don Octavio de Paz, quien a partir de entonces no cesaría de inspirarlo con sus conjuros. Don Mario se internó, así, en la esforzada lectura de una pila de libros mágicos que acabarían por conquistar su espíritu a partir de entonces: la lectura de celebrados brujos herederos del gran Merlín, como Karl Popper o Isaiah Berlin, le hizo redescubrir la auténtica verdad, una verdad que abrazó, hay que decirlo, con el mismo celo y el mismo fervor con que antes defendió a Don Fidel y a la soldadesca soviética.

La “piedra de toque” de su mutación —no es casual que sea éste el título general que les ha dado a las célebres epístolas que envía dos veces por mes a sus discípulos en toda la América Latina— fue la idea de que la libertad no ha de ser limitada nunca, ni siquiera en favor de la igualdad. Para Don Mario, nada hay peor que un reino que, con la engañosa promesa de hacer a sus súbditos idénticos, limite sus deseos y los constriña a obedecer un solo credo. La legión de enemigos de Don Mario, tan grande como su talento, no cejó a la hora de recriminarle la dureza de sus nuevas posiciones, la firmeza con que exhibía a diestra y siniestra sus creencias y la ferocidad con la cual desafiaba y luego hería de muerte a sus contrincantes.

Como mero cronista de sus hazañas, a mí no me corresponde enjuiciar su proceder, sino apenas señalar que, si en efecto a Don Mario lo poseyó un extremismo que muchos consideran diabólico, en su caso la vehemencia fue siempre sinónimo de coherencia y, en contra de quienes lo tachan de dogmático, en muchas ocasiones demostró su disposición a reconocer sus excesos o incluso retractarse, como probó al arrebatarle

su apoyo irrestricto al Reino de Israel en su insaciable lucha contra sus súbditos de los territorios conquistados de la Palestina.

Si uno revisa el largo itinerario de Don Mario, así como sus muchas epístolas y escritos, toparáse con un sinfín de polémicas y desacuerdos, de reyertas y disputas, que reflejan su talante polémico pero dispuesto siempre al combate. Al leerlo, uno puede entrever sin embargo que sus opiniones eran producto de una feroz lucha interior, no de una mera posición de principio o un dogma preconcebido. Igual que el hechicero Don Octavio de Paz, Don Mario se reconoció ahora como miembro de la Orden Militar de los Liberales, de modo que, si bien comulgó con la defensa a ultranza del mercado y de esa sinuosa forma de gobierno que era la democracia de su tiempo, por el otro, en términos morales, no se cansó de exigir por doquier el respeto a ultranza de las preferencias individuales, en especial en lo referido a los modos de ayuntarse de cada uno. Y, cosa rara entre los caballeros de su alcurnia, se declaró sin falta apóstata, recibiendo así la condena de la cristiandad en su conjunto. Todo ello lo distanciaba, pues, de quienes aspiraban a convertirse a toda costa en sus nuevos compañeros de armas, esa gavilla de penitentes y fanáticos de la Orden Militar de los Neoliberales.

V. Donde se enumeran algunos de los célebres combates librados por el caballero de Vargas Llosa y se cantan sus grandes victorias

Pocas empresas literarias tan deslumbrantes y sólidas existen en el ámbito de las letras como la desarrollada durante poco más de media centuria por el caballero de Vargas Llosa. Desde *Los jefes* (1959), su primera y tempranísima recopilación de relatos, hasta *El sueño del celta* (2010), el lector aguzado puede encontrar una línea de continuidad más allá de los desvíos y acechanzas sufridos en tan prolongada ruta. Si alguien se impusiese la tarea de encontrar y detallar los temas centrales que le han preocupado en tan dilatada e ilustre carrera, tendría que volver, en efecto, a unos cuantos temas principales: la defensa de la libertad individual frente al poder autoritario (aunque los nombres de las víctimas y los verdugos haya mutado con el tiempo), el poder de la literatura sobre la realidad, las variaciones tragicómicas entre la dicha y el infortunio, los encuentros y desencuentros acaecidos en su propia vida, y el carácter a la vez universal e individual de las humanas tragedias.

Espejo y concentrado de su obra es el primero de sus grandes romances, *La ciudad y los perros* (1963), escrito cuando nuestro caballero no contaba siquiera con la edad de veintiocho años. Relato parcialmente autobiográfico, redondo y casi perfecto, recibió el Alto Galardón de la Biblioteca Breve, ensalzándolo de inmediato como uno de los narradores más prometedores de su tiempo. En esta obra se cifra buena parte de sus pasiones ulteriores: la tensión entre la lealtad y la rebeldía, la perversión y la ceguera del poder, la debilidad extrema y la crueldad de los desesperados. Temas todos que volverán una y otra vez en su trayecto: *La casa verde* (1966), *Conversación en La Catedral* (1969), *La guerra del fin del mundo* (1981), *Historia de Mayta* (1984), *¿Quién mató a Palomino Molero?* (1986), *El hablador* (1987), *Lituma en los Andes* (1993), *La fiesta del Chivo* (2000) y *El sueño del celta* (2010). Si uno fuese capaz de sumergirse en todos estos volúmenes, sin la sapiencia previa de en qué año fue escrito cada uno, de seguro se asombraría al corroborar una visión continua de los conflictos personales, las decisiones morales y las reivindicaciones liberales que los enhebran y los guían.

Aunque en el siglo el caballero de Vargas Llosa se desliza, en ocasiones, en una suerte de arrebató que lo lleva a mirar héroes y villanos casi siempre reconocibles (y a situarse él mismo invariablemente entre los primeros), en su obra es en cambio infinitamente más propenso a reconocer las sombras y los grises, esos meandros que suelen acechar a los hombres entre los reflejos de la virtud y las sombras del vicio. No es el mundo literario del caballero de Vargas Llosa pasto de fuerzas ciegas o de la voluntad de un dios en el que no confía, sino un entorno enredado y descompuesto que aprovechan unos cuantos para apoderarse de las libres voluntades de los otros (pensemos en Conselheiro o en Trujillo). Los tiranos encandilaron siempre los entendimientos de la Cofradía de la Explosión, pero que, a diferencia de las figuras retratadas por Don Gabriel u otros caballeros, los malvados de Vargas Llosa no terminan convertidos en esperpentos o fantoches, en arquetipos de la maldad o de la insania, sino en criaturas mezquinas y brutales que acaban invariablemente consumidas por su ambición y sus desmanes.

El caballero de Vargas Llosa jamás dejó de reconocer su deuda con los romances de la decimonónica centuria, especialmente con dos figuras que habrían de marcar sendas contrapuestas en su propia labor de artista: de un lado la épica de Victor Hugo (no por nada dedicóle

un estudio ejemplar a *Los miserables*), y del otro el ámbito de las relaciones humanas gracias a Flaubert (a quien dedicó, a su vez, otro esplendoroso ensayo, *La orgía perpetua*). Más adelante he de volver a este segundo influjo, pero por ahora quiero señalar que la influencia de Victor Hugo es determinante en la primera porción, llamémosla política o comprometida, de su ingente obra.

La obsesión del caballero de Vargas Llosa por *Los miserables* llevólo a esbozar, a lo largo de toda su carrera, una larga serie de variaciones sobre “los miserables” de su tiempo. El universo regido por la injusticia y la inequidad, y por unos cuantos idealistas con altos valores, detallado por el francés, se replicará en las mayores novelas del peruano, gran retratista de esos mismos territorios turbios y enfermizos (el Colegio Leoncio Prado, Lima, el Brasil decimonónico, la selva amazónica, la República Dominicana de Trujillo). A su vez, la feroz oposición entre héroes y villanos de Victor Hugo se continúa en muchos de los protagonistas del caballero de Vargas Llosa.

Incluso podría imaginarse que aquel joven de izquierdas, a quienes sus amigos llamaban no sin guasa “el sastrecillo valiente”, considerábase a sí mismo una reencarnación de Jean Valjean —mezclado un poco con el conde de Montecristo—, y que esa figura de su ingenio quedaría de alguna forma transportada a muchos de sus personajes, enfrentados siempre a un trasunto del fiero e implacable Jabert. Si ello ocurre en incontables páginas suyas, esta identificación con Hugo queda cristalizada sobre todo en su obra postrera, *El sueño del celta*, donde el valeroso y arriesgado (y asimismo oscuro) Roger Casement se revela mejor que nadie como el modelo de héroe del caballero de Vargas Llosa, a la vez perverso e idealista.

Si nos atreviéramos a ir aún más lejos, podríamos insinuar que el propio caballero de Vargas Llosa edificó toda su fama pública siguiendo —acaso de manera no consciente— idéntico modelo. Revisando los cientos de epístolas que componen su “Piedra de Toque”, y sobre todo la inigualable *El pez en el agua*, sus memorias políticas y familiares, y en opinión de este cronista el mejor de sus muchos libros, se advierte esta misma voluntad, en la vida y en la obra, en las armas y las letras, de rebelarse contra los poderes establecidos, de asumirse como trágico héroe frente a las tinieblas del autoritarismo (primero capitalista, luego marxista), aun a riesgo de su propia fama (o de una derrota electoral, como la sufrida contra el avieso tiranuelo Fujimori).

La segunda de las influencias del caballero de Vargas Llosa es igualmente gálica: Flaubert. Pero, más allá del carácter trágico de Madame Bovary, es como si nuestro egregio poeta hubiese absorbido de este romance una obsesión por el retrato de familia que, en su caso, bordea los terrenos del melodrama, de la novela erótica, del humor y, en fin, del esperpento. Habría que enumerar, en este apartado, obras que frente a la otra corriente principal de su trabajo parecerían menores, mas no dignas de desprecio: *La tía Julia y el escribidor* (1977), *Elogio de la madrastra* (1988), *Los cuadernos de don Rigoberto* (1997) y *Travesuras de la niña mala* (2006). Sólo dos de sus romances, *Pantaleón y las visitadoras* (1973) y *El Paraíso en la otra esquina* (2003), se hallarían a medio camino entre ambas corrientes.

Como fuere, en el caballero de Vargas Llosa adviértense una convicción semejante, una poderosa fuerza interior, a lo largo de su venerable carrera: los grandes retratos morales de su tiempo, con sus héroes y villanos —y ese espectro intermedio de personajes desgajados entre una y otra condición, acaso los más estimulantes—, en historias que anteponen dos concepciones contrapuestas del mundo, una tiránica y dogmática, la otra abierta e incluyente, como si en el interior del propio caballero de Vargas Llosa conviviesen estas dos predisposiciones y él, a lo largo de su vida, hubiese hecho hasta lo imposible para vencer a aquellas que lo llevaban hacia el poder y el autoritarismo, frente a las que lo condujeron hacia el orden liberal. En su otra faceta, el caballero de Vargas Llosa desarrolla un retrato igualmente moral —pero, en este caso, agudamente irónico— de sus propias fallas, deseos y anhelos, de los de su propia familia, y de los de figuras que parecieran igualmente anodinas, pero no por ello menos extraordinarias en su pequeñez y sus prejuicios burgueses.

De un lado, pues, la Historia con mayúscula, convertida en permanente fuente de conflictos, en la pugna entre el poder y la razón, entre el dogma y la voluntad individual, en una espiral dialéctica que tanto tiene de las oscuras doctrinas del marxismo abrazadas en su juventud como de la propia dinámica de los romances de la decimonónica centuria. Y, del otro, la historia con minúscula, con su profusión de personajes menores, indecentes, advenedizos, frágiles y rotos, digno contraste frente a la soberbia de héroes y villanos. Y, en medio de todos ellos, el mismísimo caballero de Vargas Llosa, oscilando entre uno y otro espectro, entre sus tentaciones autoritarias y su firmeza liberal, entre su papel

como vocero de la América Latina y Generalísimo de la Orden de los Liberales, y su rutina y sus amores cotidianos, sus deseos lujuriosos y su risa, la misma desventura y la misma miseria de cualquiera de sus personajes.

VI. Donde se hace un muy sucinto balance del itinerario del Caballero de Vargas Llosa y de la Cofradía de la Explosión

Ya se ha dicho una y otra vez en esta humilde crónica: pocas veces en la historia, y nunca antes en la América Latina, tierra de prodigios y fantasmas, se vio una suma de talento semejante a la ocurrida durante el apogeo de la Cofradía de la Explosión. De pronto, de la noche a la mañana, pareció como si un ejército sobrenatural hubiese hecho su aparición en nuestras tierras. Por supuesto no fue así exactamente: desde la decimonónica centuria los escritores de las naciones de la América Latina habían ido fraguando una tradición propia, todavía tambaleante, que empezó a desarrollarse con gran fuerza desde los primeros años de la vigésima centuria. Desde entonces, la acumulación de genialidad en los terrenos de la poesía y de la prosa no habría de cesar, aunque ahora nos parezca que la Cofradía de la Explosión fue una repentina muestra de lucidez y de cordura. De hecho, muchos de los sabios prohombres que precedieron a sus miembros terminaron en las sombras del olvido —al igual que muchos de sus coetáneos y aprendices posteriores— debido a la miopía de los críticos, cuyo entendimiento siempre se ha limitado a clasificar y engrandecer unos cuantos nombres. La culpa de semejante olvido no puede achacársele, pues, a la propia Cofradía.

Sus prolongadas carreras no carecieron, por supuesto, de yerros y desventuras, de equívocos y sinsentidos, pero nadie podrá negar jamás que sus obras y sus vidas constituyen algunos de los testimonios más preclaros de lo que significaba ser parte de la vigésima centuria en la América Latina. Algunos desbarraron en sus amistades y filiaciones con los poderosos —caso ejemplar, la oprobiosa amistad entre Don Gabriel y Fidel I, el Longevo—, otros se dejaron cortejar por individuos de la peor de las calañas, y unos más perdieron la brújula al final de sus días y no hicieron otra cosa sino repetirse sin fin en sus escritos ulteriores. Poco importa: dos o tres volúmenes de cada uno de ellos han pasado ya a la inmortalidad, y nadie podrá negarles nunca la majestad de sus conquistas.

De entre todos, la envidia liberal de Don Mario pudo tener sus excesos y sus vicios —es uno de los miembros de la Cofradía que no supo medir a quienes se obstinaron en acogerlo en su camino, en muchas ocasiones meros oportunistas o espurios miembros de la Orden de los Liberales, es decir, Neoliberales o Conservadores—, y él mismo pudo colocarse muchas veces en posiciones que lo acercaban un tanto a los dogmáticos que siempre se empañó en denunciar, pero a fin de cuentas le rindió un servicio inmejorable a la América Latina, despojándola definitivamente de su hipocresía y de sus máscaras, y ayudando a convertirla en un territorio moderno y arrojado, dispuesto a reconocer sus muchas taras y a intentar solucionarlas sin el concurso del autoritarismo que tanto encandiló a algunas de las mejores mentes del pasado. □